

Vuelta



SE PLEMENTO EXTRAORDINARIO • NOVIEMBRE • DE 1994

Voltaire: la eterna vivacidad

FERNANDO SAVATER

Voltaire, el primer intelectual

CASANOVA, CHATEAUBRIAND,
VIGNY, HUGO, VALÉRY, AUDEN

**Retrato a pluma del señor
de Voltaire**

VOLTAIRE

Brevísima antología

La fama de Voltaire fue primero la del hombre de ingenio frecuentador de los salones; enseguida, la del epigramista y el autor de panfletos, que divertían o escandalizaban a la corte y que le ganaron alguna tunda. De la escena mundana pasó naturalmente a los escenarios teatrales, autor de obras que lo hicieron aparecer como el sucesor de Racine —y que hoy apenas pueden leerse. Y de la tragedia, a la poesía épica (su *Henriade* pasaba por ser el mayor ejemplo francés del género) y, venturosamente, a la Historia (en la que sigue siendo, en muchos sentidos, admirable). Pronto fue, para la imaginación colectiva, no el practicante de un género sino el philosophe por excelencia, prefiguración de lo que hoy llamamos un intelectual, y la conciencia moral de su tiempo. Murió como el representante de la razón ilustrada, la encarnación —sutil pero indudable— del espíritu, el árbitro supremo del buen gusto y la voz insoportable de la justicia. Es un lugar común que la Revolución Francesa fue, en buena medida, hija de sus obras. El siglo XIX, que lo adoró y lo detestó con pasión, limitó poco a poco su atención a la del enemigo de la Iglesia y acabó convirtiéndolo, sobre todo en estas provincias, en el fantasmón de un comecuras —imagen que él se procuró pero que no lo retrata por entero y es fácilmente fastidiosa. Hoy, sin que esta imagen se haya desvanecido, Voltaire es sobre todo un símbolo —de la lucidez, la ironía y el espíritu crítico— pero su obra parecería haberse reducido a un puñado de cuentos regocijantes (y que, redactados de una sentada, no tenía él en mayor estima) y al Diccionario Filosófico, que circula entre nosotros en ediciones notoriamente incompletas.

Es casi natural que lo conozcamos fragmentariamente, porque su obra es inabarcable, pero es apenas explicable que no la exploremos con más curiosidad, porque no hay páginas más animadas que las suyas. Si las cuestiones que trata siguen siendo actuales (hoy que nos preocupan los fundamentalismos religiosos, la intolerancia política, el resurgimiento de los nacionalismos, los males del mercado, la caída de la educación, el relativismo cultural, el sometimiento de las mujeres, la sociedad civil —y cualquier cosa: su pluma lo tocó todo), su estilo tiene la agilidad de un periodista moderno, la transparencia de un clásico, la gracia de un escritor del dieciocho y aun la pasión de un romántico.

No podemos dejar de celebrar a quien fue, en muchos sentidos, el primer intelectual. En el ensayo que abre este pequeño homenaje, Fernando Savater —autor de una preciosa novela sin ficción: *El jardín de las dudas*, en que el propio Voltaire ensaya el relato epistolar de su vida— se ocupa de ese aspecto y, más allá de él, de la significación actual de la obra y de la actitud de Voltaire.

Hemos preparado también una breve selección de páginas sobre Voltaire, escritas a lo largo de tres siglos. Las primeras, debidas a Casanova, son un testimonio de primera mano, aunque sin duda no del todo fidedignas: el veneciano aprovecha como siempre la ocasión de adornarse y, además, parece evidente que a su memoria del encuentro no dejó de mezclarse la de las obras de su retratado. De cualquier modo, aun si mentirosos, el retrato es

fiel y recupera con vivacidad al personaje —Voltaire lo fue en grado sumo.

Los dos fragmentos de Chateaubriand son un ejemplo de los sentimientos encontrados que despertaba en los románticos la obra de Voltaire: admiraron su inteligencia, su lucidez, su ingenio y el brillo de su pluma; se escandalizaron ante sus ataques al cristianismo (pero el ejemplo insuperable de esta actitud habría quizá que buscarlo en Menéndez y Pelayo: "Voltaire es más que un hombre, es una legión; y a la larga, aunque sus obras ya envejecidas llegaran a caer en el olvido, él seguiría viviendo en la memoria de las gentes como símbolo y encarnación del espíritu del mal en el mundo").

Victor Hugo se ocupó repetidamente de Voltaire en ensayos, discursos, poemas, notas y versos sueltos a lo largo de toda su vida. Lo veía, sin duda, como a su figura invertida en el espejo; la obra de cada uno resume cabalmente la del siglo al que les tocó dar vida: no hay Ilustración sin Voltaire ni romanticismo sin Hugo. Es natural que el aprecio de éste por aquél fuera cambiando con los años. El primer fragmento que reproducimos está escrito por un joven romántico de 21 años; el último, por el patriarca de las letras francesas; de uno a otro, la actitud cambia de la impug nación al abrazo.

Quizá las páginas más penetrantes que se hayan escrito sobre este escritor sean las que Valéry leyó en ocasión de los 250 años de su nacimiento: son no sólo una definición precisa de la escritura de Voltaire y del papel de este ingenio en la evolución del espíritu francés sino un retrato vivísimo del hombre. Reproducimos un fragmento, por desgracia mínimo, de este ensayo admirable.

El poema de W. H. Auden es frecuente en las antologías. Aunque pierde buena parte de su gracia en la traducción, revela las virtudes y los límites del poeta, que expone, con brillo y concisión, una imagen típica: la del Voltaire anciano, gloria de Europa y señor de Ferney, que contempla su pasado y espera al destino.

Completan el retrato las líneas de Alfonso Reyes, a quien le atrajo siempre más la biografía que la obra del escritor, y del filósofo inglés A. J. Ayer. Valgan estas últimas, páginas de la biografía intelectual que Ayer ha dedicado a Voltaire, como una reconsideración final.

Incluimos también una breve selección de páginas volterianas: un poemita satírico, una selección de los *Mélanges*, y dos cartas; hemos preferido incluir escritos breves, que pudieran publicarse completos, y evitar los fragmentos de las obras mayores.

Ojalá el tricentenario de su nacimiento, que se cumple este mes, anime a los editores a poner las obras de Voltaire en la mesa de novedades, en la que siempre tendrían derecho a figurar. Admirablemente, su prosa no ha sufrido los estragos del tiempo y sigue tan afilada y precisa como el día que fue escrita, y el espíritu de su autor conserva la animación que es su marca de origen. Quizá nada retrate mejor a Voltaire que aquella sentencia de Octavio Paz en *Corriente Alterna*:

No la vida eterna, sino la eterna vivacidad. ✎

A. A.